

LA ESTRELLA DEL MAR

Así como Eva representa los tiempos prehistóricos, la esposa de Noé la transición de los tiempos prehistóricos á los tiempos históricos, el patriarcado Sara, la mujer con cuyo nombre comenzamos este capítulo representa la constitución definitiva de Israel, ó sea de la sociedad semiteocrática y semicivil que debía guardar la idea de Dios como raíz por donde se nutriera la vida humana en largos siglos. María se llama la mujer de quien debemos hablar en este capítulo. Nombre tan dulce, tan extendido y amado en el mundo moderno, es de origen puramente semítico. *Miryam*, ó *Mirjam*, según otros, se pronunciaba el nombre de María en lengua hebraica. *Mir* quiere decir estrella, y *yam* quiere decir mar. Por consecuencia, María significa estrella del mar en la hermosa lengua de los Salmos y de los Profetas. Nos pasará en el

estudio este lo que nos pasó en el estudio referente á la mujer de Noé. Allí nos encontramos con una historia que apenas tenía nombre, y aquí nos encontramos con un hermoso nombre que apenas tiene historia. Y, sin embargo, ¡cuán dulcemente resuena en los humanos oídos, y cómo por intuición los pueblos dan á ese nombre su verdadero sentido propio, sin alcanzarlo ni entenderlo en toda su claridad! Pero lo cierto es que á las orillas del mar, en todas las costas de los pueblos cristianos, levántanse á María santuarios múltiples como faros espirituales, donde van á esclarecerse las almas, pues aparece mucho más adorada todavía la madre del Verbo en las orillas del mar que tierras adentro. La María de quien nosotros hablaremos no ha obtenido este culto, pues jamás ningún pueblo creyó que llevara un Dios en sus entrañas, como lo han creído todos los pueblos cultos de la Virgen Madre. Pero si no ha llegado á tanta excelsitud, en cambio merece un lugar distinguidísimo en nuestras historias por haber salido con su hermano Moisés del cautiverio egipcio y haber entonado allende las aguas del mar Rojo el primer cántico de libertad que acaso resuena en toda la serie de los siglos y en toda la humana historia.

Entre Sara y María descuellan algunas mujeres

pertenecientes á los tiempos patriarcales postdiluvianos. Nadie ha podido olvidar la historia de Rebeca, mujer de Isaac y, por tanto, nuera de Abraham. Entre los pueblos antiguos usaban mucho el matrimonio de los consanguíneos. Como importaba en aquellas supersticiones la conservación de una familia purísima, dábase á la perpetuidad de la sangre familiar una inmensa trascendencia. Ya hemos visto que Abraham se casó con una hermanastra suya, y cuando historiemos las mujeres de Asiria, Caldea y Egipto, encontraremos costumbres parecidas. Abraham, pues, destinado á fundar una especie de pueblo sacerdotal, que se consagrara al ministerio religioso en el templo de Jehovah, debía buscar para su hijo Isaac una mujer de suyo perteneciente á la familia y á la religión hebraicas. Así expidió uno de sus siervos en busca de la nuera, inscrita en la familia de Nachor, su hermano. El criado partióse para Mesopotamia en requerimiento de Nachor, é hizo arrodillar sus camellos fuera de la población, al lado de una cisterna y á la hora en que declina el día y salen las mozas de los pueblos semitas á recoger el agua con su cántaro para luego escanciarla y repartirla entre toda la familia. Vió una muy hermosa entre tantas jóvenes, y en ella se fijó. Y después de haberse fijado en ella, le pidió agua para sí, como

también para sus camellos. Dióle á beber primero á él y después á sus bestias, con tal gentileza, que creyóla el emisario la predestinada para el hijo de su señor. Y, en efecto, no era otra sino Rebeca, nieta de Nachor y, por consiguiente, sobrina de Isaac, con quien al fin ella se casó. De tal matrimonio provino Jacob, el cual se prendó de dos primas suyas, Lía y Raquel. Estas dos mujeres eran hijas de su tío Labán, hermano de Rebeca. Raquel tenía hermosísimo aspecto. No así Lía, llamada en los libros santos la mujer de los ojos tiernos. Jacob tuvo que dar siete años de salarios, provenientes de trabajos continuos, á su tío Labán, para obtener en una especie de compra su Raquel; pero ya comprada y obtenida ésta por precio, soltóle á Lía, la de los ojos tiernos. Como Jacob reconviniere al suegro, excusóse con que no casaban sus gentes las hijas menores antes que las mayores. Y Jacob tuvo que trabajar otros siete años por su segunda mujer. Y á cada una de sus hijas dió Labán las correspondientes siervas. Y estas siervas yacieron á una con el patriarca Jacob, cual se usaba en la poligamia asiática. Durante los primeros años de matrimonio, Raquel fué muy estéril y muy fecunda Lía. Pero después tuvo hijos Jacob de todas sus mujeres y de todas sus siervas. Para sostener tanta familia, Jacob se llevó consigo las riquezas de La-

bán, su suegro, arrebatadas por manos de su propia hija Raquel, quien ni siquiera dejó los ídolos en el hogar. Después de todo esto, Dios llamó á Jacob con el nombre que debía conservar todo su pueblo, con el nombre de Israel.

Doce fueron los hijos de Jacob. Entre ellos, los dos postreros, habidos en Raquel, se llamaron José y Benjamín. Amaba Jacob á José con preferencia muy grande sobre todos sus demás hijos, primero por ser uno de los menores, después por generación de su mujer predilecta, la hermosísima Raquel. Sus hermanos, celosos, lo vendieron como esclavo en Egipto. Y ya esclavo, se captó el favor de los mismos á quienes servía, convirtiéndose de criado en dueño. Este gran ministerio, ejercido por los siervos, se repite á todas horas en las cortes despóticas. Por lo mismo que la tiranía oprime á los esclavos, derogando todas las leyes de la naturaleza, concluye por rendirse á sus mismos opresos, derogando todas las leyes de la lógica. Porque Jacob había dado á José una túnica de mil colores, ropaje muy estimado en Oriente, sus hermanos empezaron por maltratarle y concluyeron por venderle. Una vez en Egipto establecido, tomóle á su servicio el principal escanciador que tenía la corte aquella. En Oriente, los que se hallan adscritos á ínfimos servicios del palacio, resultan grandes

ministros, privados, favoritos de los reyes. El harén y el eunuco aparecen como dos instituciones fundamentales en aquellos imperios despóticos. El segundo Ramssés, á cuyo copero José servía, llegó á tener ciento cincuenta hijos. Así los papiros antiguos nos lo pintan en forma de león, circuido por un rebaño de gacelas, que representan á sus mujeres. Uno de los cargos con que principalmente honraban los grandes señores egipcios á sus siervos predilectos, era el cargo de intendente. Y este cargo fué por José ejercido con gran provecho hasta llegar á una sin igual privanza y á una gran riqueza. Pero terrible calumnia de la mujer á quien servía, ó sea la esposa del copero, que le delata de atrevido con ella, cuando sólo fuera casto y recatado, lo arroja en una prisión, de la cual sale para explicar los sueños de Ramssés II, quien profundamente conmovido y admirado de su virtud y de su saber le nombra ministro universal suyo. Así fué de varia y brusca en sus accidentes la suerte de José.

La tierra del Egipto atraía con frecuencia natural á todos y cada uno de sus numerosos circunvecinos. Azotadas Nubia, Etiopía, Caldea, Siria, Palestina y sus grandísimos desiertos por sequías continuas, de las cuales dimanaban horrorosas hambres, nada tan frecuente como la emigración de

aquellas tribus, probadas por tales plagas, al sitio edénico, donde fluía un río sin fin de aguas verdaderamente sabrosas y salutíferas, de bordes encantados y fructuosos. Abraham fué á Egipto, y á Egipto debían ir sus biznietos, los hijos de Jacob. Como buen israelita, ya José aparece gran calculador y comerciante. Así acapara los trigos de aquel año, nefasto para Egipto y para las naciones fronterizas á Egipto, y los cambia por las propiedades todas de los vasallos, por las riquezas de los extranjeros, constriñendo sus hermanos indirectamente á presentársele y contemplarle como un monarca después de venderlo como un carnero. El perdón de José llevó los israelitas de nuevo á las orillas del Nilo. Los descendientes de Abraham ocuparon la tierra misma que había su abuelo, allá en otros tiempos, habitado. Allí murió Jacob, á las orillas del Nilo y á la sombra de los espesos y grandes palmerales. Los médicos del Egipto embalsamaron su cuerpo á la usanza suya. Siete días duraron los funerales, y en todos estos días lloró el pueblo como si un Faraón se hubiese muerto. Setenta días duró el duelo. Jacob, sin embargo de todos estos honores egipcios, fué conducido á la caverna donde dormían el sueño eterno sus padres. José vivió y murió en Egipto, pero dejando expreso el deseo de reposar y dormir bajo una piedra de la tierra pro-

metida. En aquel sitio procurado por José á los suyos comenzó á brotar el germen de una existencia sedentaria y fija como hasta entonces no la tuvieron jamás los hebreos de suyo nómadas y errantes. En este valle de Gessén, donde había encontrado Abraham sus primeros tesoros, dejó su posteridad Jacob. José se había propuesto que los suyos fueran como él, verdaderos egipcios; pero no contaba con la fe ciega en Dios de sus gentes, y mucho menos con la tenacidad incontrastable de su compleción y de su carácter, que les había permitido el cambio y movimiento de la vida nómada mezclada con la firmeza de una idea. El israelita estaba siglos y siglos en una tierra sin absorber su jugo en el alma. La creencia del Dios único le tenía como encastillado dentro sí mismo y ajeno á todo cuanto en derredor suyo sucedía. Muy prolíficos, multiplicáronse y extendiéronse tanto los nietos de Jacob, que constituían una especie de nación aparte dentro del Egipto. Muy activos, sobrepujaban naturalmente á los perezosos. Muy calculadores, dejábanse atrás la descuidada imprevisión de los rivales y competidores múltiples. Sus organismos sociales eran de una primitiva sencillez, término medio entre las anarquías nómadas y el absolutismo patriarcal. Grandes enfermedades venían de vez en cuando á probarlos. Con la mayor facilidad con-

traían lepra y contagiaban de sus miasmas á los circunstantes. Esta lepra, que manchaba su cuerpo, servía indudablemente al despejo y lucidez de sus cerebros. Cada vez la familia hebrea se aumentaba más. La fecundidad maravillosa de sus mujeres no ha tenido rival. Egipto debió comenzar por despreciarlos y debió concluir por aborrecerlos, como todo pueblo rey á todo pueblo extraño. Muy pagado de la superioridad incalculable que tenía su cultura sobre la cultura hebrea, detestaba mucho á esa gente nómada, pastores de ganados trashumantes. Pertenecientes á la tierra de África, los egipcios llamaban á todos sus circunvecinos de los demás continentes con el nombre menospreciador de asiáticos.

Pero, á pesar de todo esto, habían vivido mucho tiempo en paz. ¿Qué digo en paz? Matrimonios mixtos se sucedían entre ellos con frecuencia. El egipcio gustaba mucho de las mujeres hebreas, como nos lo ha mostrado el relato de la vida de Sara. Y los israelitas no dejaban de amar á las egipcias, como se vió en los mismos hijos que tuvieron en ellas los patriarcas. El pueblo hebreo no podía constituir en aquella sazón un imperio. Divididos en tribus y reinando en cada una de estas tribus cierta independencia individual, no rivalizaban en modo alguno con aquella grande organiza-

ción civil, militar y religiosa de un fuerte y antiguo imperio. No tenían tendencia de ningún género á constituir nación, y mucho menos á constituir, dentro de esta nación, un Estado. Luégo, como buenos semitas, se querellaban mucho entre sí, riñendo á cada paso por un quítame allá esas pajas. En cambio bastó á los Faraones cualquier escriba suyo, cualquier oficial con una fuerte verga, para tenerlos completamente sometidos. En los días anteriores al Éxodo que vamos á referir, el odio de los egipcios á los hebreos se recrudeció, y mucho. Necesitados los Faraones, por las continuas asechanzas que les amenazaban, de un gran seguro en sus fronteras, no lo encontraron mejor que aquel ideado por los chinos, y consistente, como todos sabemos, en altas, espesas y larguísimas murallas, contra las cuales debían las invasiones romperse y estrellarse. Mas para erigir estas murallas exigían de sus habitantes, con especialidad de los habitantes extranjeros, aquella prestación llamada *corvea* en el habla feudal, es decir, trabajo forzado y forzoso. Este trabajo de construcción, duro en todas partes, debía resultar durísimo sobre los arenales caldeados y bajo los cielos encendidos de África.

La tierra de Gessén, habitada por los hebreos, no era, como han supuesto algunos historiadores,

aquella Tebaida, retiradísima y triste, de las penitencias y de los solitarios, donde se aislaban los anacoretas que, mantenidos por el calor vivificante y por el clima igual, podían sustentarse con las hierbas del campo y con las ideas del espíritu. Gessén debía estar al Oriente y al Norte del Egipto como debe deducirse de la posición geográfica que Palestina ocupaba y del movimiento que habían emprendido los hebreos en requerimiento de tal valle. Aunque la Biblia no lo designa más que por el nombre, los comentadores, á quienes ilustraran estudios profundos sobre descubrimientos recientes, créenlo allá en los brazos más orientales del Nilo, á los comienzos del fecundo Delta, no lejos del istmo de Suez, en las cercanías, por tanto, del mar Rojo. Pero lo cierto es que no hay datos para determinar un sitio definido y seguro. Sólo sabemos por una estatua colosal de Ramssés II, cuyo granito ha desafiado los tiempos y por los ladrillos dispersos en todas direcciones y formados con limo á la usanza hebrea, que allí sufrieron la tristeza de sus forzosos trabajos, empapando el suelo con los sudores de sus frentes é hinchando el aire con los suspiros de sus pechos. Para cerciorarse de cómo debía ser Egipto, hay que recordar la desolación extendida por el sol abrasador en todas direcciones, allá, en aquellas latitudes abrasadas, cerca del tró-

pico, bajo cielos parecidos á un volcán boca abajo. La obra de tal calor está manifiesta por doquier: el desierto inmenso que á manera de un paño fúnebre se tiende por la mayor parte del África y del Asia anterior con sus Océanos inacabables de abrasadas y abrasadoras arenas. Pero en la tierra del Egipto hay un elemento fecundísimo, que uniendo la humedad con el calor, produce la vida, y por doquier extiende aquel padre Nilo, á quien han creído cien generaciones un Dios verdadero, y que descendiendo de ignorados orígenes, y dilatándose por tierras sedientas, extiende á su paso y en sus riberas con la vida más múltiple la más regocijante alegría. Los árabes han pintado en sus geografías descriptivas, por medio de imágenes tan hermosas como exactas, aquella tierra, primero mar de agua dulce cuando la cubren sus inundaciones periódicas, después tapiz multicolor de flores olientes cuando á las inundaciones suceden florecencia y fructificación, por último, estepa polvorosa y cenicienta tras cosechas y recolecciones. Cielos espléndidos de Oriente realzados por iris con facetas tan lustrosas como brillantísima pedrería; suaves aires, donde los aromas exhalados de cálices y corolas embriagan el sentido y las refracciones de una luz indecible lo tienen todo con colores entre anaranjados y violáceos; árboles siempre verdes, pues ni las palmas ni los

olivos pierden su follaje; flores de un rojo como el del granado y de un aroma como el del jazmín; pájaros del trópico, pintados de tal suerte, que llevan en su cola una paleta, y pájaros del Nilo vestidos con plumajes de plata y rosa, de carmín y oro; por las alturas de la atmósfera el polen llevado en alas de suaves brisas y por las profundas aguas el sacro loto flotando en la cristalina superficie; frutas sápidas y terrones bien olientes: he aquí todo cuanto produce aquel Egipto donde se renueva la grande abundancia del edén, como si no hubieran ni hombre ni tierra sufrido el dolor, consecuencia del pecado. No extrañemos que si la naturaleza ofrece todos estos encantos, convidando á vivir en sus brazos y á respirar el aire libre y á recoger en la retina deslumbrada una luz tan intensa, el hogar de los pobres generalmente diste poco de la primer cabaña y sirva como refugio al sueño y al breve recogimiento de los pocos días inclementes que puede haber en aquellas bienhadadas regiones de tal y tanta vida.

Por el Nilo se deslizan las barcas, bien de negro ébano, bien de común papiro, semejantes en sus formas gallardas á las acuáticas aves, propias de tales hermosas riberas. Bajo el toldo de las palmas, por montículos y repliegues cubiertos de alhucemas y salvias, entre los terebintos y los plátanos, juegan

los niños, mientras las mujeres, envueltas en sus túnicas rayadas de colores, desnuda la cabeza y desnudos los piés, las pulseras en el puño y el tobillo, los zarcillos á los lados del rostro, cogen agua vertida por los cangilones de la noria en acequias sombreadas de higuerales y moreras. Vasijas de barro brillante guardan todo lo necesario á extinguir la sed en aquellos climas y aquellos parajes tan calurosos, y las piedras cubiertas de ramajes ofrecen las frutas á la nutrición sencilla de razas tan sobrias. Y los varones de la familia, mientras unos pescan y otros emplean sus fuerzas en el diario trabajo, los más componen labores á mano, ó examinan y distribuyen los frutos recogidos en las continuas cosechas. Tal vida pasaban las razas que allí vivían en sus relaciones con la naturaleza. Pero ¡ah! que sus relaciones con la sociedad resultaban mucho más duras y ásperas. El dominador gozaba de todos los poderes que se arroga un bárbaro despotismo, y el dominado sólo tenía obligaciones, y obligaciones muy pesadas y muy estrechas. Sin embargo, en los tiempos primeros de su asiento allí, frescos aún los recuerdos múltiples de José, que había tendido sobre todos los suyos la diestra protectora y la inteligencia lúcida, vivieron en conformidad y en paz. Pero al llegar la décimona dinastía, el recuerdo aquel, tan vivo antes, de

los servicios prestados por el hábil hebreo y de la protección debida por Egipto á los suyos, desapareció, y hubo monarca olvidado por completo, mejor dicho, por completo ignorante de todas aquellas sacras y vivas tradiciones. Luégo vino un rey, sea quien quiera, pues en su nombre no se hallan los historiadores acordes, que reinó setenta y más años, consumiendo todo este largo imperio de su autoridad y todo este transcurso de su vida en múltiples y colosales construcciones. Los obeliscos de granito rosa; las esfinges de pórfido, tan duro como el diamante; los colosos, abiertos en las colinas, que levantaban sus frentes desmesuradas de piedra sobre las arenas del desierto; aquellos vestíbulos y atrios interminables, á cuyo ingreso monolitos gigantescos erguíanse y alzaban sus geométricas líneas, cubiertas de jeroglíficos misteriosos; los templos y los palacios, parecidos á ciudades populosas y guardados por estatuas titánicas, exigían unos trabajos de tal género, que bien pueden compararse sus piedras chorreando sangre á la vista del historiador con los dolmenes sangrientos donde inmolaba el cuchillo de los antiguos sacrificadores celtas las víctimas humanas. Para proveer á estos ejércitos de jornaleros enviaba el Faraón tradicional egipcio, fuese quien fuese, sus ejércitos en armas por los cuatro puntos del horizonte, con encargo de ta-